

Esta treta era tan ingeniosa y fué hecha con tan admirable aplomo, que Mr. Pickwick no hubiera podido oponerse á ella, aunque hubiera querido.

Poco después volvió Mr. Mivins con el Jerez, que Mr. Smangle distribuyó en pequeñas tazas; brindó por la sociedad, y apuró una de un sorbo.

Habiéndose establecido una gran armonía, Mr. Smangle empezó á contar varias anécdotas románticas de su vida privada, relativas, entre otras cosas, á un caballo de pura sangre y á una judía muy bella y singularmente deseada por la nobleza de los tres reinos.

Mucho antes de la conclusión de los elegantes extractos de la biografía del caballero, mister Mivins se metió en la cama y empezó á roncar, dejando á Mr. Pickwick y al tímido que aprovecharan solos la experiencia de Mr. Smangle.

Sin embargo, aquellos dos individuos no estuvieron mucho tiempo atentos á los tiernos relatos del otro; Mr. Pickwick se encontraba en un estado de somnolencia, cuando tuvo una clara percepción de que el borracho había empezado á salmodiar sus cantos cómicos, y que Mr. Smangle le hacía notar que el auditorio no estaba dispuesto musicalmente.

Nuestro héroe cayó en un profundo sueño, con la idea confusa de que Mr. Smangle estaba aun ocupado en contar una larga historia, cuyo punto principal parecía ser que en cierta ocasión se había ocupado en hacer una letra de cambio.

## CAPITULO XLII

*Donde se demuestra, como en el precedente, la verdad de aquel viejo proverbio «que la adversidad os obliga á conocer extraños camaradas de alcoba», y contiene además la increíble declaración que Mr. Pickwick hizo á Sam.*

Cuando Mr. Pickwick abrió los ojos al día siguiente, el primer objeto que vio fué á Sam Weller, sentado so-

bre un pequeño saco negro, y contemplando con profunda abstracción la majestuosa figura del resplandeciente mister Smangle, mientras este, medio sentado y vestido en su lecho, se ocupaba en la empresa desesperada de hacer bajar los ojos al susodicho Sam. Decimos desesperada, porque Sam continuaba examinando á mister Smangle con viva satisfacción, y sin inquietarse de los sentimientos de aquel sujeto más que si mirara una estatua ó el cuerpo embalsamado de una efigie de Guy-Faux.

—¿Me reconocéis? — dijo Mr. Smangle frunciendo las cejas.

—Juraría que sí, — respondió Sam con buen humor.

—No digáis impertinencias á un caballero.

—No; si queréis avisarme cuando despierte, le haré algunos cumplimientos superfluos.

Esta observación, que parecía tener una tendencia indirecta á decir que Mr. Smangle no era caballero, excitó un poco su cólera.

—Mivins, — dijo en tono irritado.

—¿Qué hay? — respondió este desde su cama.

—¿Quién diablos es ese?

—En verdad, — dijo Mr. Mivins, — yo debiera preguntároslo. ¿Qué viene á hacer aquí?

—Nada, — replicó Mr. Smangle.

—Entonces, echadlo por la escalera abajo, y mandadle que no se levante hasta que yo vaya á buscarle.

Y al dar esta orden, el excelente caballero se volvió á dormir.

Como la conversación mostraba síntomas inequívocos de hacerse personal, Mr. Pickwick creyó conveniente intervenir.

—Sam, — dijo.

—Señor.

—¿No hay nada de nuevo desde ayer?

—Nada importante, señor, — respondió Sam contemplando las patillas de Mr. Smangle. — La humedad y el calor parecen favorables al desarrollo de ciertas malas hierbas.

—Voy á levantarme, — interrumpió Mr. Pickwick.

—Dadme la ropa blanca.

Por hostiles que fueran al principio las intenciones de Mr. Smangle, se suavizaron inmediatamente con ver el saco, cuyo contenido pareció darle de repente una favorable opinión, no sólo de Mr. Pickwick, sino también de Sam. Por consiguiente, aprovechó una ocasión de declarar en tono elevado, para que aquel escéntrico personaje pudiera oírle, que lo reconocía como un original de pura sangre, y por lo tanto, como un hombre de



corazón. En cuanto á Mr. Pickwick, el afecto que experimentó por él en aquel momento no tuvo límites.

—¿Puedo hacer algo por vos? — le dijo.

—Nada que yo sepa, gracias, — respondió el filósofo.

—¿No tenéis ropa que mandar á la lavandera? Conozco una admirable lavandera cerca de aquí. Viene por mi casa dos veces á la semana. ¡Por Júpiter! ¡hoy le toca venir! ¿Queréis que ponga alguna ropa vuestra entre la mía? No andéis con cumplidos; aquí no se gastan cumplidos. ¿De qué serviría la humanidad, si un caballero desgraciado no se molestara un poco para servir á otro caballero que se halla en el mismo caso?

Así hablaba Mr. Smangle, acercándose al saco lo más posible, y mostrando en sus miradas el fervor de la amistad más desinteresada.

—¿Tenéis algo que dar á limpiar al mozo? — continuó.

—Nada, — dijo Sam encargándose de la respuesta.

—¿Y no hay nada que pueda yo mandar á mi lavandera? — añadió Mr. Smangle volviéndose á Mr. Pickwick con desconfianza.

—Nada, — respondió Sam; — ni un camisolín. Creo que ya la cesta estará colmada con vuestra ropa.

Estas palabras fueron acompañadas de una mirada expresiva, dirigida á aquella parte del traje. Así es que aquel caballero se creyó obligado á girar sobre sus talones y á abandonar por el momento toda clase de pretensiones á la bolsa y á la ropa de Mr. Pickwick.

Se retiró de muy mal humor al juego del tejo, donde almorzó lijera y sanamente con un par de cigarros de los que habían sido comprados la noche anterior.

Mr. Mivins, que no era fumador, permaneció en su lecho, y según su propia expresión, pidió de almorzar á Morfeo.

Mr. Pickwick almorzó en su pequeño gabinete, cuyos habitantes tenían el privilegio de oír cuanto se decía en el café vecino; después mandó á Sam á hacer algunas comisiones necesarias y fué á preguntar á Mr. Roker cuál era su alojamiento futuro.

—¡Ah! — dijo este consultando un enorme libro. — Ya tenéis sitio. Vuestro cuarto será el 27 en el tercero.

—¿En el tercero?

—Tan claro como el día.

—¿Hay muchos presos allí?

—Tres.

Mr. Pickwick tosió.

—Uno de ellos es un ministro, — continuó Mr. Roker escribiendo en un pedazo de papel; — el otro es un

carnicero.

—¿Eh? — dijo Mr. Pickwick.

—Un carnicero, — repitió Mr. Roker, apoyando el pico de su pluma en la mesa para obligarle á escribir. — Neddy, ¿os acordáis de Tom Martin? ¡Qué casamentero era! — dijo Mr. Roker á otro hombre que había en el despacho, y que se entretenía en quitar el lodo de sus zapatos con un corta plumas de veinticinco hojas.

—Ya lo creo que me acuerdo, — respondió el interpelado.

—¡Dios nos bendiga! — continuó Mr. Roker moviendo la cabeza y mirando con distracción por entre las rejas.

—¿Sabéis cuál es el tercer caballero del número 27? — preguntó Mr. Pickwick.

—Neddy, ¿quién es ese Simpton? — dijo Mr. Roker, volviéndose hacia su compañero.

—¿Qué Simpton?

—El del número 27 en el tercero.

¡Oh! no es nadie. En otro tiempo era compañero de un chalán.

—Eso es lo que yo pensaba, — replicó Mr. Roker cerrando su libro y entregando un pedazo de papel á Mr. Pickwick. — He aquí vuestro billete, caballero.

Mr. Pickwick entró en la prisión, reflexionando sobre lo que tenía que hacer.

Convencido de que antes de dar cualquier paso, era útil ver á los caballeros con quienes se le quería colocar, se dirigió al tercer piso.

Después de haber estado mucho tiempo por la galería procurando descifrar los números que había sobre las diferentes puertas, se dirigió al fin á un mozo de taberna, que se ocupaba en pegar los jarros de estaño.

—¿Dónde está el número 27? — preguntó mister Pickwick.

—Cinco puertas más lejos, respondió el mozo. — Hay en el exterior de la puerta el retrato en yeso de un caballero ahorcado, que fuma su pipa.

Guiado por aquellas instrucciones, anduvo lentamente á lo largo de la galería, hasta que encontró el retrato del caballero arriba descrito. Tocó á la puerta suavemente, y después con fuerza. Después de haber repetido inútilmente esta operación, se aventuró á abrir y á mirar en el interior.

Había en la habitación un sólo hombre, que se inclinaba asomado á la ventana todo lo que podía sin perder el equilibrio, y que se esforzaba con perseverancia en escupir sobre el sombrero de un amigo íntimo suyo que estaba en el patio.



Mr. Pickwick no pudiendo indicarle su presencia, ni hablando ni tosiendo ni estornudando, se decidió por fin á acercarse á la ventana y tirarle del vestido á aquel individuo. Este se retiró de la ventana bruscamente, y preguntó á Mr. Pickwick en tono agrio lo que buscaba.

—Creo, — dijo Mr. Pickwick, consultando su billete, —creo que es este el número 27 del piso terceró.

—¿Y qué?

—He venido aquí en virtud de este pedazo de papel.

—Veámoslo.

Mr. Pickwick obedeció.

—Mr. Roker hubiera podido meteros en otra parte, — dijo contrariado Mr. Simpton (porque aquel era el caballero de industria).

Mr. Pickwick pensaba lo mismo; pero en aquella ocasión creyó conveniente guardar silencio.

Mr. Simpton reflexionó durante algunos minutos; después, asomando la cabeza por la ventana, dió un silbido agudo y pronunció en voz alta algunas palabras.

Mr. Pickwick no pudo entenderlas, pero creyó que sería algún apodo que distinguía á Mr. Martín, porque en seguida, muchas voces gritaron desde el patio ¡el carnicero, el carnicero! imitando el grito por el cual los miembros de aquella útil clase de la sociedad acostumbran dar á conocer cuotidianamente su presencia junto á las rejas de las casas de Londres.

Los acontecimientos confirmaron la exactitud de aquella hipótesis, porque al cabo de algunos segundos, un caballero prematuramente gordo para su edad, vestido de azul, con botas de vuelta, entró muy sofocado en la habitación; fué seguido inmediatamente por otro caballero vestido con levita negra raída y gorro de piel de zorra. Este se ocupaba en el camino en abrocharse la levita hasta la barba, mediante unos botones de alfileres. Tenía una cara muy roja y muy vulgar, y hacía el efecto de un capellán borracho, lo cual era efectivamente.

Aquellos dos caballeros recorrieron el billete de mister Pickwick, y después, los dos se miraron entre sí y miraron á Mr. Pickwick, en medio de un silencio profundo.

—¡Qué fastidio! Esto pasa en el momento en que habíamos formado una pequeña sociedad muy agradable, —dijo el capellán mirando tres colchones sucios, envueltos cada uno en una manta, y que ocupaban un rincón del cuarto.

Mr. Martín expresó la misma opinión, en términos más enérgicos, y Mr. Simpton, después de haber lanzado una gran cantidad de adjetivos sin ningún sustanti-

vo que les acompañara, se volvió las mangas y comenzó á lavar los cardos para comer.

Mientras todo esto pasaba, Mr. Pickwick se ocupaba en considerar la habitación, que era sucia y húmeda. No había vestigios de alfombra, ni de cortinas, ni de celosías. No había ni siquiera un armario. A la verdad, si hubiera habido alguno, no había gran cosa que poner en él; pero, aunque poco numerosos y poco considerables individualmente, sin embargo, los pedazos de queso, las cortezas de pan, los cabos de vela, los restos de comida, los pedazos de vajilla, los fuelles sin caño, los tenedores sin mango, presentan un conjunto poco agradable cuando están esparcidos sobre el piso de una pequeña habitación, que representa á la vez el salón y la alcoba de tres individuos desocupados.

—Supongo, sin embargo, que esto puede arreglarse, —dijo el carnicero después de un largo silencio: — ¿qué queréis por marcharos?

—Perdón, — replicó Mr. Pickwick. — ¿Qué decís? no he oído.

—¿Cuánto pedís por marcharos? Lo ordinario es tres francos, pero se os darán cuatro. ¿Os conviene?

—¡Vaya! os ofrecemos cuatro shillines por semana si os váis.

—Además, haremos subir un botella de cerveza, — dijo Mr. Simpton.

—Y la beberemos inmediatamente, — añadió el capellán.

—Estoy tan ignorante de las costumbres de estos sitios, — respondió Mr. Pickwick, — que no acabo de comprenderos. ¿Puedo acomodarme en otra parte? Yo no lo creía.

Al oír esta pregunta, Mr. Martín miró á sus dos amigos con excesiva sorpresa, y entonces, cada uno de los tres caballeros extendió su dedo pulgar derecho por encima del hombro izquierdo.

—¿No lo creíais? — repitió Mr. Martín con una sonrisa de piedad.

—¡Pues bien! — dijo el eclesiástico; — si yo fuera tan poco conocedor del mundo, me comería mi sombrero.

—Y yo *item*, — añadió el carnicero solemnemente.

Después de un corto prefacio, los tres personajes informaron á Mr. Pickwick de que el dinero tenía en la prisión la misma virtud que fuera; le dijeron que el dinero le proporcionaría instantáneamente todo lo que pudiera desear, y que si Mr. Pickwick tenía dinero, y quería gastarlo, no tenía más que manifestar su deseo de tomar una habitación apartada, y que la encontra-



ría amueblada en menos de media hora.

Nuestros personajes se separaron entonces con satisfacción mútua. Mr. Pickwick volvió al despacho, y los otros tres fueron al café para gastar allí los tres shillines que el capellán, con admirable previsión, había pedido prestados al cándido filósofo.

Cuando Mr. Pickwick declaró á Mr. Roker por qué volvía, este exclamó:

—Ya me lo figuraba yo. ¿No te lo dije, Neddy?

El sabio poseedor del cuchillo universal lanzó un gruñido afirmativo.

—¡Pardiez! Yo sabía que necesitábais una habitación para vos solo. ¡Veamos! necesitaréis muebles. Yo os los alquilaré. Estaréis bien.

—Con mucho gusto.

—Hay en la escalera del café una habitación magnífica que pertenece á un prisionero de cancillería. Os costará una libra esterlina por semana. Supongo que no os fijaréis en eso.

—No.

—Venid conmigo, — exclamó Mr. Roker tomando su sombrero con gran vivacidad. — El asunto se concluirá en cinco minutos. ¡Qué diablos! ¿por qué no empezásteis diciendo que queríais hacer las cosas bien?

Como Mr. Roker lo había predicho, pasó. El negocio terminó prontamente. El prisionero de la cancillería estaba allí mucho tiempo, por haber perdido amigos, fortuna, costumbres, felicidad, y por haber adquirido en cambio el derecho de tener una habitación particular. Sin embargo, como experimentaba el ligero contratiempo de carecer con frecuencia de un pedazo de pan, consentió en ceder su habitación á Mr. Pickwick mediante la suma semanal de veinte shillines.

Mientras este contrato se hacía, Mr. Pickwick examinaba al prisionero con penoso interés. Era un hombre alto, descarnado, cadavérico, envuelto en un gabán viejo y con los pies metidos en unas babuchas rotas. Su mirada era inquieta, sus mejillas colgantes, sus labios pálidos, sus ojos pequeños. ¡Infeliz! se veía que el diente de hierro del aislamiento y de la necesidad le había lentamente roído en el espacio de veinte años.

—Y vos, caballero, ¿dónde vais á vivir ahora? — le preguntó Mr. Pickwick apoyando suavemente sobre la mesa el importe de la primera semana de alquiler.

El hombre recogió el dinero con mano trémula, y respondió que no sabía, y que iba á ver dónde ponía su cama.

—Temo, caballero, — continuó Mr. Pickwick apoyando suavemente la mano sobre el brazo del prisionero,

—temo que tengáis que albergaros en un sitio ruidoso y atestado de gente. Pero continuad considerando esta habitación como vuestra, cuando tengáis necesidad de un poco de calma, ó cuando vuestros amigos vengan á veros.

—¡Mis amigos! — interrumpió el prisionero con voz ronca. — Si yo estuviera clavado en mi ataúd, enterrado en la fosa infecta que se abre bajo los cimientos de esta prisión, no estaría más olvidado, más abandonado que como estoy aquí. Soy un hombre muerto, muerto para la sociedad, sin haber obtenido la piedad que se concede á aquellos cuyas almas han ido á comparecer delante de Dios. ¡Amigos á visitarme, Dios mío! Mi juventud se ha consumido en aquella torre, y no habrá nadie que levante su mano sobre mi lecho cuando yo muera, para decir: «Alabado sea Dios. ¡Ya no sufre!»

El fuego inusitado que la excitación del viejo había encendido en su mirada, se extinguió cuando concluyó de hablar. Oprimió una contra otra las manos descarnadas y salió de la habitación.

—¡Eh! ¡eh! ¡se enfada el mozo! — dijo Mr. Roker sonriendo. — ¡Es como los elefantes! sienten la punta de tiempo en tiempo, y se ponen furiosos.

Concluida esta observación llena de simpatía, mister Roker se ocupó con tanta actividad en los arreglos necesarios á la comodidad de Mr. Pickwick, que en poco tiempo fué adornada la habitación con una alfombra, seis sillas, una mesa, un sofá, utensilios necesarios para el te y otros objetos.

Todo debía costar á Mr. Pickwick la razonable cantidad de veinte y siete shillines por semana.

—¿Podemos hacer algo más por vos? — preguntó Mr. Roker, mirando en torno suyo con gran satisfacción, y haciendo sonar en su mano la primera semana de alquiler.

—Sí, — respondió Mr. Pickwick, que hacía un rato que reflexionaba profundamente. — ¿Hay aquí alguien para hacer mandados?

—¿Alguien?

—Sí, alguien que pueda salir á un recado.

—Ya comprendemos. Hay un pobre diablo que tiene un amigo en el cuartel de los pobres, y que quiere que lo empleen. Hace dos meses que hace comisiones y lleva recados para ganarse la vida. ¿Queréis que os lo enviemos?

—Si queréis... esperad... no. ¿El cuartel de los pobres decís? Tengo curiosidad de ver eso; iré yo mismo allá.

El cuartel de los pobres en una prisión por deudas es,



como lo indica su nombre, la vivienda de los deudores más indigentes. Un prisionero que se declara para el cuartel de los pobres, no paga ni renta ni tasa de habitación; el derecho que adquiere al entrar y salir de una prisión, es extremadamente reducido y recibe una pequeña cantidad de alimento, comprado con la renta de los excasos legados que dejan de tiempo en tiempo para tal objeto las personas caritativas. Hace algunos años, se veía en el exterior de las murallas de la prisión de la Flotte una especie de jaula de hierro, donde se ponía un hombre de rostro hambriento, que gritaba de tiempo en tiempo con voz lúgubre: «No olvidéis á los pobres deudores!» El producto de esta limosna era partido entre los pobres prisioneros, que se relevaban por turno en aquel empleo degradante.

Aunque esta costumbre ha sido abolida y se ha suprimido la jaula, la condición miserable de los pobres prisioneros es siempre la misma; no se consiente que imploren la compasión del transeunte; pero para admiraación de las edades futuras, se han dejado subsistir leyes justas y bienhechoras que declaran que el criminal vigoroso será alimentado y vestido, mientras el deudor sin dinero se verá condenado á morir de hambre y desnudez.

Esto no es una ficción; no se pasa una semana sin que un preso por deudas no perezca inevitablemente en las lentas agonías del hambre, á no ser que les socorra algún camarada de prisión.

Pensando en estas cosas y subiendo la estrecha escalera, al pie de la cual había dejado al carcelero, mister Pickwick se irritó gradualmente hasta llegar al último extremo de indignación, y tan excitado estaba por aquellas reflexiones, que entró en el departamento que se le había indicado como cuartel de los pobres, sin tener idea clara, así del sitio en que se encontraba como del objeto de su visita. El aspecto de la habitación le hizo volver en sí; pero cuando sus miradas se fijaron en un hombre desfallecido que yacía junto á un mal fuego, dejó caer su sombrero de sorpresa y quedó inmóvil y como petrificado.

Sí; aquel hombre sin levita, sin chaleco, con el pantalón desgarrado y la camisa hecha girones, con los cabellos caídos en desorden y las facciones demacradas por el hambre y el sufrimiento, era Mr. Alfredo Jingle; tenía la cabeza apoyada entre las manos, sus ojos estaban fijos en el fuego, y todo su exterior demostraba la miseria y el abatimiento.

Junto á él, negligentemente apoyado en la pared, se encontraba un vigoroso campesino, acariciando con

un látigo de caza la bota que tenía en el pie izquierdo; los caballos, los perros, la caza, habían causado su ruina; todavía tenía en aquella bota una espuela enmohecida, con que hendía el aire, haciendo chasquear el látigo y murmurando algunas de aquellas interjecciones por las cuales un caballero anima á un caballo. ¡Pobre diablo! El mejor caballo de su cuadra no le había hecho andar una carrera tan rápida como la terminada en la cárcel de Flotte.

Al otro lado de la habitación, un viejo, sentado en una caja de madera, tenía los ojos fijos en el suelo; una profunda desesperación mantenía inmóvil su rostro; una niña, su biznieta, se inclinaba hacia él, procurando atraer su atención con mil invenciones infantiles; pero el viejo no la veía ni la oía; la voz que le había parecido tan musical, los ojos que habían sido su luz, no producían ninguna impresión en sus sentidos; la enfermedad hacía temblar sus rodillas y la parálisis había elado su espíritu.

En otro rincón de la sala, dos ó tres individuos formaban un grupo y hablaban ruidosamente; más lejos, una mujer de rostro flaco y mirada indecisa, la mujer de un prisionero, se ocupaba en regar los miserables restos de una planta seca, que jamás debía reverdecer; emblema cierto del deber con que debía cumplir en la prisión.

Tales eran los pobres prisioneros que se presentaron á los ojos de Mr. Pickwick, mientras miraba en torno suyo con admiración; oyendo los pasos precipitados de alguno que entraba, volvió los ojos hacia la puerta, y en el recién venido reconoció al través de sus harapos, de su suciedad y de su miseria, las facciones familiares de Job Trotter.

—Mr. Pickwick — exclamó Job en alta voz.

—¿Eh? — dijo Jingle, estremeciéndose y levantán dose de su asiento... — Mr... es verdad... ¡mal sitio!... ¡cosa extraña! Yo lo merecía; está bien hecho.

Al decir estas palabras, Mr. Jingle metió las manos en el sitio donde estaban los bolsillos de sus calzones, y dejando caer la cabeza sobre el pecho, se sentó de nuevo en la silla.

Mr. Pickwick se conmovió; aquellos dos hombres tenían un aspecto tan miserable. ¡La mirada fámélica que Mr. Jingle había echado á un trozo de carnero crudo traído por Job, explicaba más claramente que una narración de dos horas el estado de miseria á que se hallaba reducido. Pickwick miró á Jingle con ternura y le dijo:

—Quisiera hablaros aparte; ¿queréis salir conmigo



un instante?

—Ciertamente — respondió Jingle, levantándose con premura; — puedo ir muy lejos; no hay peligro de apartarse de aquel parque cerrado por una muralla... lindo terreno, pintoresco, pero poco externo; la entrada abierta al público; la familia siempre fuera; el ama de casa terriblemente cuidadosa.

—¿Habéis olvidado vuestro vestido?—dijo Mr. Pickwick bajando la escalera.

—¡Ah! sí... está clavado en casa de una de mis buenas parientas, mi tía materna; no podía ser de otra manera; es preciso conocer... necesidades de la Naturaleza.

—¿Qué queréis decir?

—Mi vestido ha firmado un contrato voluntario... ¡último vestido! ¡Bah! á lo hecho pecho; yo he vivido de un par de botas quince días, de un paraguas de seda con puño de marfil toda una semana. Preguntad á Job, él lo sabe muy bien.

—¡Habéis vivido tres semanas de un par de botas y un paraguas de seda! — exclamó Mr. Pickwick horrorizado, porque no había oído hablar de cosas semejantes, más que en las historias de los naufragos.

—Es verdad — contestó Jingle moviendo la cabeza; ahí están los recibos. Prestamistas sobre alhajas; ladrones todos... no dan nada.

—¡Oh! — dijo Mr. Pickwick aliviado por esta explicación; — ya comprendo; habéis puesto en prenda esos efectos.

—Todos; Job también; todas las camisas están allá; eso economiza la lavandera; se acuesta uno; se muere de hambre; vienen á ver; ¡pobre prisionero! ¡miserable! echarle tierra. Los caballeros del jurado, inspectores de la prisión, dicen: muerte natural; nada de ostentación... entierro de pobres; bien merecido... todo concluyó; bajad el telón.

Jingle refirió este singular sumario de su porvenir con su volubilidad acostumbrada y esforzándose con muecas sucesivas en fingir una sonrisa. Sin embargo, Mr. Pickwick notó que aquella negligencia era afectada, y mirándole de frente, pero no con severidad, vió que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Buen amigo! — dijo Jingle estrechando la mano del filósofo y volviendo la cabeza. ¡Perro ingrato! mala fiebre, débil, hambriento... merezco esto... pero sufro mucho, ¡ah! ¡mucho!

Incapaz de sostenerse, y tal vez encorvado por los esfuerzos que había hecho para conseguirlo, el histrión abatido se sentó en la escalera, y cubriéndose el rostro

con las manos, se puso á sollozar como un niño.

—¡Vamos, vamos! — dijo Mr. Pickwick con mucha emoción; veré lo que se puede hacer cuando conozca vuestra historia; Job, ¿dónde está?

—Aquí, señor — dijo Job, mostrándose en la escalera.

—Venid acá — dijo Mr. Pickwick, procurando mostrarse severo mientras dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas; — tomad esto.

Alguna cosa salió del bolsillo de Mr. Pickwick, alguna cosa que sonó en la mano de Job; y cuando nuestro excelente amigo se alejó precipitadamente, su corazón estaba oprimido.

Al entrar en su habitación, Mr. Pickwick encontró á Sam, que contemplaba sus nuevos arreglos con sombría satisfacción, oponiéndose decididamente á que su amo viviese allí; consideraba como un deber moral no parecer contento de nada de lo que allí se hiciera.

—¿Qué hay, Sam?

—¿Qué hay, señor?

—Muy cómodo ahora, ¿no es verdad?

—Sí, no está mal — respondió Sam mirando en torno suyo con desdén.

—¿Habéis visto á Mr. Tupman y á los demás amigos?

—Sí, señor; vendrán mañana y se han sorprendido mucho de saber que no podían venir hoy.

—¿Me has traído las cosas que necesitaba?

Por toda respuesta, Sam mostró diferentes paquetes que estaban en un rincón del cuarto.

—Muy bien — dijo Mr. Pickwick.

Después de un momento de vacilación, añadió:

—Escucha lo que tengo que decirte.

—Ya escucho.

—Sam — continuó Pickwick con mucha solemnidad; —yo he notado desde el principio que no era este un sitio conveniente para un joven.

—Ni tampoco para un viejo, señor.

—Tienes razón, Sam; pero los viejos pueden venir aquí á causa de su imprudente confianza, y los jóvenes pueden ser traídos por el egoísmo de aquellos á quien sirven. Vale más para los jóvenes bajo todos conceptos que no permanezcan aquí; ¿me comprendes, Sam?

—En verdad, no — respondió Sam con obstinación.

—Trata de comprenderlo.

—Pues bien — repuso Sam después de una corta pausa: — creo comprender dónde vais á parar, y en mi opinión es un poco lejos.

—Ya veo que me comprendes, Sam; como te he



dicho, deseo en primer lugar que no estés perdiendo el tiempo en un sitio como este; y además, veo que es un monstruoso contrasentido que tenga criado un prisionero por deudas; es preciso que me dejes por algún tiempo, Sam.

—¿Por algún tiempo? — repitió Sam con un ligero acento de sarcasmo.

—Sí; por el tiempo que yo estuviese aquí, yo continuaré pagándote el salario, y alguno de mis tres amigos podrá llevarte consigo, aunque no fuese sino por respeto hacia mí; si algún día salgo de aquí, te doy mi palabra de que volverás conmigo.

—Pues ahora voy á deciros lo que hay — replicó Sam con voz grave y solemne. — Eso no puede ser; con que no hablemos más.

—Sam, hablo seriamente; estoy resuelto.

—¿Estais resuelto, señor? pues yo también.

Al pronunciar estas palabras con voz firme, Sam se puso el sombrero, y salió bruscamente de la habitación.

—Sam — gritó Mr. Pickwick, — Sam, ven acá.

Pero la larga galería había cesado ya de repetir el eco de sus pasos. Sam había partido.

## ●CAPITULO XLIII

### *De cómo Sam Weller llegó á estar mal en sus negocios*

En una sala con mala luz y peor ventilación, situada en la calle de Portugal, forman tribunal durante todo el año, uno, dos, tres ó cuatro caballeros de peluca, que tienen delante unos pequeños pupitres mal charolados; las tribunas de los abogados están á la derecha; á la izquierda, el sitio de los deudores insolventes, y en parte un plano inclinado de figuras especialmente sucias. Estos caballeros de peluca son los comisarios del tribunal de insolventes, y el sitio donde se entronizan el sitio de insolventes mismo.

Desde tiempo inmemorial, aquel tribunal es mirado

como el refugio durante el día de todos los pelagatos de Londres; la sala está siempre llena, los vapores de cerveza y los espirituosos suben constantemente hacia el techo y se condensan con el frío y bajan en forma de lluvia ó á lo largo de las paredes. Allí se encuentran más viejos vestidos que los que ponen en venta durante todo un año los judíos del barrio de *Hounditch*, y más pieles grasientas, más barbas largas, que las que todas las bombas y las barberías de *Tyburn* podrían limpiar en un día.

No hay que suponer que algunos de estos individuos tengan que hacer en aquel sitio; si tuvieran que hacer, su presencia no sería sorprendente y la singularidad de la cosa cesaría inmediatamente. Algunos duermen durante el día la mayor parte de la sesión; otros llevan la comida en el pañuelo ó en su sombrero roto, y comen oyendo á los abogados con doble delicia; pero ninguno tiene el más ligero interés personal en los asuntos tratados por el tribunal. Cualquiera que sea la manera que tienen de gastar el tiempo, permanecen allí desde el principio al fin de la sesión. Cuando llueve, llegan todos mojados, y entonces los vapores que se elevan en la audiencia semejan á los de un pantano.

Un observador que se encontrara allí por casualidad, podría imaginar que es un templo elevado al genio de la pobreza raída. No hay uno solo que lleve una levita cortada para él; no hay en todo el establecimiento un solo hombre pasablemente fresco y limpio, si se exceptúa un pequeño ugiar de cabellos blancos y rostro amoratado; en fin, las pelucas de los abogados están mal empolvadas y mal rizadas.

Pero, después de todo, los abogados que se sientan detrás de una gran mesa sin tapiz, son la más notable curiosidad de aquel sitio. El establecimiento profesional del más opulento de aquellos señores consiste en un saco azul, donde llevan la toga, y en un pequeño pasante, ordinariamente judío; no tienen bufete, pero tratan en las tabernas los asuntos legales, ó en el patio de las prisiones, donde van en tropel y se disputan los chalanes á la manera de conductores de ómnibus. Tienen una fisonomía ajada y angulosa, y si se les sospecha algún vicio, es la embriaguez y la malignidad.

Mr. Salomón Pell, uno de los miembros de esta ilustrada corporación, era un hombre gordo, pálido y repulsivo; su vestido parecía tan pronto verde como pardo, según los reflejos de la luz, y estaba adornado con un cuello de terciopelo que ofrecía la misma particularidad; su frente era estrecha, su rostro ancho, su cabeza enorme y su nariz vuelta hacia un lado. Por lo demás, como